

Mordisquito,
¡a mi no me la vas a contar!



Instituto
del Paraná

EDICIONES
Pueblos del Sur

RELATOS RADIALES
DE ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

MORDISQUITO

Discépolo, Enrique Santos

Mordisquito: ¡a mi no me la vas a contar! - 1° ed. - Rosario :
Pueblos del Sur / 2006
172 pág. ; 20 x 14 cm.

ISBN-10 : 987-21422-1-1

ISBN-13 : 978-987-21422-1-6

1. Periodismo de Opinión. I. Título
CDD 070.44

Fecha de catalogación 21-03-2006

© Ediciones PUEBLOS DEL SUR. 2006

Tucumán 1026 - 3° F - Rosario - Santa Fe - Argentina

Tel: 0341 - 4400460

E-mail: luismain@yahoo.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse,
almacenarse ó transmitirse en forma alguna, ni por
medio alguno, sea éste eléctrico, químico, mecánico,
óptico de grabación o de fotocopia, sin previa
autorización escrita por parte de la Editorial



ISBN-10: 987-21422-1-1

ISBN-13: 978-987-21422-1-6

DISEÑO DE TAPA: VZZDiseño

DISEÑO DE INTERIOR: Lucas Mililli [Metonimia]
metonimia@arnet.com.ar

Esta 1° Edición de 1000 ejemplares se terminó de imprimir en abril de 2006
en: Talleres Gráficos Fervil S.R.L. - Santa Fe 3316 - Tel: 0341 4372505
E-mail: fervil srl@arnet.com.ar - 2000 Rosario - Santa Fe - Argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRIMER CICLO	15
I	17
II	19
III	23
IV	27
V	31
VI	35
VII	39
VIII	43
IX	47
X	49
XI	53
XII	57
XIII	61
XIV	65
XV	69
XVI	73
XVII	77
XVIII	81
XIX	85

XX	89
XXI	93
XXII	97
XXIII	101
XXIV	105
XXV	109
XXVI	113
XXVII	117
XXVIII	121
XXIX	125
XXX	129
XXXI	133
XXXII	137
XXXIII	141
XXXIV	145
XXXV	149
XXXVI	153
XXXVII	157

SEGUNDO CICLO 161

I	163
II	167

PRÓLOGO

Discípulo obligó a La Parca a presenciar la victoria del pueblo

Muchas veces, tantas que ya se me perdió la cuenta, se ha tratado de explicar el por qué del eterno retorno al peronismo por parte de una mayoría de hombres y mujeres que, en general, ni siquiera tuvieron la oportunidad de ver vivos a Juan o a Eva Perón. ¿Por qué razón tantos argentinos vuelven su mirada hacia aquella etapa, entre 1944 y 1955, en la que, según rezan la tradición oral peronista, la historia oficial peronista, la historia oficial gorila y otras interpretaciones más o menos míticas, algo cambió, de tal modo que algunos emergieron del anonimato social y pasaron a vivir mejor y otros, que siempre habían detentado el poder sin mayores dificultades, se vieron interpelados por un Estado que les exigía distribuir parte de su renta?

Obviamente, no hay una sola respuesta, no puede haberla. Sigmund Freud escribió, poco antes de morir, un apasionante libro en el que ensaya algunas teorías respecto de los orígenes de las religiones monoteístas y acerca de la muerte del padre a manos de sus hijos. Se llama *Moisés y la religión monoteísta* y, entre otras audaces hipótesis que el padre del psicoanálisis formula, una atraviesa esa obra como un haz que ilumina tanto la génesis de la civilización judeocristiana como, sin proponérselo,

por supuesto, la razón de ese movimiento pendular que lleva, una y otra vez, a la mayoría del pueblo argentino a darle una nueva oportunidad al peronismo.

En una apretada síntesis, Freud postula que Moisés no era judío sino egipcio, y que le tocó en suerte vivir bajo el corto reinado de Akinethon, un rey que impuso la adoración en un solo dios, Atón, universal y estricto en sus planteos morales y de ordenamiento social y religioso. A la muerte de Akinethon, los sucesores del trono perdiguen a los monoteístas, entre ellos a Moisés, que huye al desierto seguido por el pueblo judío, al que eligió para dirigirse a la Tierra Prometida, donde podrían revivir los tiempos de felicidad que el pueblo conoció bajo aquel reinado. Como se sabe, muchos murieron en el desierto antes de poder ver la Tierra Prometida (Moisés entre ellos), pero muchos otros nacieron sin poder haber experimentado aquella felicidad y, sin embargo, quisieron volver a ella, tanta era la fuerza del relato original sobre aquellos tiempos felices.

Bueno, pues ahí está. Tan simple como lo describe Freud. Esa mayoría circunstancial, cada tanto, elige al peronismo con la ilusión de volver, tras décadas dando vueltas en círculo en el desierto, aquella felicidad liminar que nadie puede desmentir, ni siquiera los detractores de quienes posibilitaron ese momento histórico.

Por supuesto, muchos de los críticos acérrimos que cosechó el primer peronismo llegan a reconocer que ése fue un tiempo feliz, sólo que le recriminan a Perón lo caro que le costó al país (en realidad, a una parte del país, representada por estos críticos y esa crítica), y una presunta oportunidad perdida de subir al tren de la modernidad, en sus versiones norteamericana y/o europea.

Enrique Santos Discépolo no explica el peronismo con alegorías o interpretaciones complejas. Claro, él,

mientras habla del peronismo, está viviendo ese peronismo, es contemporáneo de esos cambios radicales que se van produciendo bajo la batuta de Perón, un tipo que empieza a caerles raro a quienes esperan de él que cumpla el rol impuesto por la oligarquía a las Fuerzas Armadas. Él escribe tangos *bajo el reinado de Akinethon*, no tiene que recurrir a la tradición oral ni a escuelas de escribas para discurrir que entre la década infame y el estatuto del peón, la opción es fácil y simple.

Hace 55 años, en 1951, Discépolo es invitado a participar de un programa en Radio Nacional. La emisión, que iba por cadena nacional, se llamaba *Pienso y digo lo que pienso*, y la idea era que destacadas figuras artísticas de la época pregonaran los logros del gobierno peronista. A Discépolo el guión le parece malo, piensa que se trata de lisa y llana propaganda política en un año electoral. Pero, lejos de sacarle en cuerpo al convite, reformula ese guión y crea un personaje que es el estereotipo del gorila porteño, un retrato verosímil del antiperonista de entonces. *Mordisquito*, un fulano bravo, que se las tenía que ver con él, que también es un jodido, pero encima es peronista.

Es interesante observar lo que Discépolo pone en juego construyendo esos diálogos con *Mordisquito*. Cuánto y qué pone en la mesa de juego ese hombre esmirriado pero atrevido, enjuto y jetón, pero con estilo. Es interesante no sólo porque sirve para mensurar la densidad de la dialéctica de aquellos años 40 y 50, sino porque esa, su apuesta, permite repensar el rol del artista, del periodista, del hombre de la cultura, de los comunicadores de este presente al que la posmodernidad parece haberles dejado el mandato del no compromiso. Total, casi todo sería lo mismo y nada parecería definir el nuevo sujeto histórico por el cual valdría la pena soltar la rienda

de cualquier apuesta. Sirve para preguntarse si está mal tomar partido. Sirve, acaso, para reflexionar si es cierto que jugarse por una propuesta política afecta la objetividad de esos actores sociales que integran la presente escena cultural. Sirve, seguramente, para constatar que, en el caso de Discépolo, decirlo, decirle a la gente que habían optado por determinado camino, no le impidió pasar a la inmortalidad y le permitió, además, sincerar una relación compleja y asimétrica, en la que una voz puede incidir tanto en la opinión de muchos.

Discépolo pone todo de sí para expresar su apoyo a un gobierno que él piensa que ha venido a redimir las décadas que él padeció como artista y como hombre del campo popular. No le costó poco. Amigos, colegas del mundo artístico, prohombres de la *intelligentzia* porteña, críticos periodísticos, todos ellos lo denostaron hasta el insulto y la difamación. Su talento no sirvió de nada para evitar que la crítica porteña le asestara los mandobles políticamente correctos de aquellos días. Discépolo, dirigiéndose a *Mordisquito*, pero hablándole a esos indignados profetas de la cultura impuesta por *tablishment*, los interpelaba con esa atrevida y filosa lengua jetona: «La nuestra es una historia de civismo llena de desilusiones. Cualquiera fuese el color político que nos gobernó, siempre la vimos negra. Aspiramos a gozar y al final nos gozaron. ¡Todos! ¡Siempre! Una curiosa adoración, la que vos sentís por los pajarones hizo que el país retrocediese cien años. Porque vos tenés la mística de los pajarones y prácticas su culto como una religión. Cuanto más pajarón él, más torpe y más crédulo vos. Te gusta oír hablar a la gente que no me entendés nada; la que te habla claro te parece vulgar».

¿Exagerado? ¿Destemplado? ¿Sectario? El contexto de época ayuda a poner las cosas en su lugar. En un país

en el que a un presidente que ganó las elecciones contra casi todo el arco político restante se lo denomina «El Tirano», donde a las mayorías que rescataron de la cárcel a Perón en octubre de 1945 se las llama «cabecita negra» (años después se perfeccionaría ese calificativo y se lo reemplazaría por el más filosófico «aluvión zoológico»), la desmesura es un recurso más de una comunicación ruda, como ruda era la confrontación política del momento. Al fin y al cabo, cada vez que en la Argentina confrontaron —*confrontan*— dos proyectos de Nación, los tonos de la comunicación resultaron —*resultan*— destemplados.

Discépolo dejó en esos estudios de Radio Nacional algo más que coraje cívico. Dejó buena parte de su vida. Poco después, su salud empeoró y nunca se recuperó del todo, hasta su muerte, un 23 de diciembre de 1951. Ese hombre frágil en apariencia, pero feroz a la hora de sacar a relucir su verborragia militante, le hizo un guiño a La Parca y la obligó a esperar antes de llevárselo. Discépolo necesitaba disfrutar aquel triunfo peronista de 1951 antes de partir de este mundo. Necesitaba constatar que su *Mordisquito* había colaborado en la construcción de esa victoria así lo entendió Perón, quién no dudó en afirmar: «Gracias al voto femenino y a Mordisquito, ganamos las elecciones».

«Ahora sí, vamos», le debe haber dicho Discépolo a La Parca. Y partió, dejando a *Mordisquito* solo, muy solo.

HORACIO ÇARÓ, Marzo de 2006



PRIMER CICLO

I

Un malestar, una enfermedad resultan de pronto un balance de cariño, un inventario de ternura cuya medida uno creía capaz de sospechar y que, de pronto, lo sorprende desbordando, colmando la aspiración más vanidosa. A tal punto que sin la oportunidad de este micrófono me hubiera sido imposible expresar mi conmovida gratitud a uno por uno de todos los que se han interesado por mí. Lo peor de la enfermedad no es la enfermedad misma. ¡Qué esperanza! Es tener que explicarla. Contársela minuciosamente a uno por uno, a todos los que tienen la cordialidad de venir a visitarte. Vienen las tías que uno no vio desde la enfermedad pasada, y hay que contarles. Si es un resfrío o una gripe, la pregunta de práctica es, inevitablemente: «¿Cómo te la agarraste?» Yo no me la agarré. Es la gripe la que me agarró a mí. Vienen los amigos que ayer estuvieron al lado y te reprochan: «¿Pero cómo fue? Si ayer estabas lo más bien». Sí, ayer sí, pero hoy no. Hoy estoy lo más mal. ¿Acaso no puede ser? ¡Comprenderán que no ha sido por gusto! ¿Cómo me va a gustar a mí, que tengo apenas para defenderme dos docenas de glóbulos rojos, perder la mitad? No. Pero me ofrecieron la posibilidad de discutir desde este micrófono, y yo soy capaz de discutir hasta con un

glóbulo solo, porque para tener razones no hace falta más que un glóbulo en las venas, pero lleno de convicciones. ¡Porque a mí no me la van a contar! ¿A mí, que tengo cincuenta años de estatura, cincuenta años de los cuales los primeros cuarenta y cinco me los he pasado acumulando, soportando promesas que nunca se cumplieron? ¿Pero me la quieren discutir? ¡Y bueno! Yo comprendo que físicamente no puedo pelearme con nadie porque no soy ningún suicida, ¡pero discutir!...

¡Claro que vamos a discutir! No es que ser porteño signifique, obligatoriamente, ser descreído o ser escéptico. ¡No! Pero nos tuvieron tan acostumbrados, durante tanto tiempo, a prometernos la chancha, los veinte, el rango, el organito y la pata de goma sin darnos siquiera la mitad de los veinte que, lógicamente, ya no creíamos más nada, y frente a cualquier plataforma contestábamos: «¡Bah, promesas!» ¡Pero eso de seguir negando las cosas por inercia o como postura, no! Sobre todo que lo que ellos nos prometieron ayer sin dárselo, se cumple hoy: llega un Gobierno que toma las promesas en serio y las realiza.

Pero, mientras se construye, vos seguís negando y amenazando con: «el año que viene me la vas a decir». ¿Y qué te tengo que decir? ¿Que el año que viene vas a estar mejor?... ¿y el otro?... ¿y el que sigue? ¿Que hay conquistas que ya son de hierro y no se pueden perder, que no se van a perder? ¿Eso querés que te diga? Y bueno: vos querés discutir. Yo también. Te espero mañana, porque yo estuve enfermo estos días. Pero eso de que vos vivías antes mejor con 120 pesos que ahora con 1.500, no, no... ¡Ésa, a mí no me la vas a contar! ¡No!

II

Resulta que antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Sobre todo lo chiquito. Pasaste de náufrago a financista sin bajarte del bote. Vos, sí, vos, que ya estabas acostumbrado a saber que tu patria era la factoría de alguien y te encontraste con que te hacían el regalo de una patria nueva, y entonces, en vez de dar las gracias por el sobretodo de vicuña, dijiste que había una pelusa en la manga y que vos no lo querías derecho sino cruzado. ¡Pero con el sobretodo te quedaste! Entonces, ¿qué me vas a contar a mí? ¿A quién le llevás la contra? Antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Y protestás. ¿Y por qué protestás? ¡Ah, no hay té de Ceilán! Eso es tremendo. Mirá qué problema. Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta. ¡Pero no hay té de Ceilán! Y, según vos, no se puede vivir sin té de Ceilán. Te pasaste la vida tomando mate cocido, pero ahora me planteás un problema de Estado porque no hay té de Ceilán. Claro, ahora la flota es tuya, ahora los teléfonos son tuyos, ahora los ferrocarriles son tuyos, ahora el gas es tuyo, pero..., ¡no hay té de Ceilán! Para entrar en un movimiento de recuperación como este al que estamos asistiendo, han tenido que cambiar de sitio

muchas cosas y muchas ideas; algunas, monumentales; otras, llenas de amor o de ingenio; ¡todas asombrosas! El país empezó a caminar de otra manera, sin que lo metieran en el andador o lo llevaran atado de una cuerda; el país se estructuró durante la marcha misma; ¡el país remueve sus cimientos y rehace su historia!

Pero, claro, vos estás preocupado, y yo lo comprendo: porque no hay té de Ceilán. ¡Ah... ni queso! ¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! ¿Me vas a decir a mí que no es un problema? Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez, y vos no decías ni medio; vos no protestabas nunca, vos te conformabas con una vida de araña. Ahora ganás bien; ahora están protegidos vos y tus hijos y tus padres. Sí; pero tenés razón: ¡no hay queso! Hay miles de escuelas nuevas, hogares de tránsito, millones y millones para comprar la sonrisa de los pobres; sí, pero, claro, ¡no hay queso! Tenés el aeropuerto, pero no tenés queso. Sería un problema para que se preocupase la vaca y no vos, pero te preocupás vos. Mirá, la tuya es la preocupación del resentido que no puede perdonarle la patriada a los salvadores.

Para alcanzar lo que se está alcanzando hubo que resistir y que vencer las más crueles penitencias del extranjero y los más ingratos sabotajes a este momento de lucha y de felicidad. Porque vos estás ganando una guerra. Y la estás ganando mientras vas al cine, comés cuatro veces al día y sentís el ruido alegre y rendidor que hace el metabolismo de todos los tuyos. Porque es la primera vez que la guerra la hacen cincuenta personas mientras dieciséis millones duermen tranquilas porque tienen trabajo y encuentran respeto. Cuando las colas se formaban no para tomar un ómnibus o comprar un pollo o depositar en la caja de ahorro, como ahora, sino para

pedir angustiosamente un pedazo de carne en aquella vergonzante olla popular, o un empleo en una agencia de colocaciones que nunca lo daba, entonces vos veías pasar el desfile de los desesperados y no se te movía un pelo, no. Es ahora cuando te parás a mirar el desfile de tus hermanos que se ríen, que están contentos... pero eso no te alegra porque, para que ellos alcanzaran esa felicidad, ¡ha sido necesario que escasease el queso! No importa que tu patria haya tenido problemas de gigantes, y que esos problemas los hayan resuelto personas. Vos seguís con el problema chiquito, vos seguís buscándole la hipotenusa al teorema de la cucaracha, ¡vos, el mismo que está preocupado porque no puede tomar té de Ceilán! Y durante toda tu vida tomaste mate! ¿Y a quién se la querás contar? ¿A mí, que tengo esta memoria de elefante? ¡No, a mí no me la vas a contar!

III

¿Vos la querés seguir? Y bueno... , vamos a seguirla, pero dejáme antes aclarar una posición. Yo no discuto porque crea que tengo toda la razón del mundo. Al contrario, discuto porque creo que vos no tenés ninguna. Protestás porque te parece que es elegante. Lo hacés como una actitud. «Son criterios», decís. Y digo yo: ¿no será falta de criterio, en vez? Hay personajes que consideran que una actitud elegante en la vida es la de estar con un codo apoyado en el mostrador. Otros, sosteniendo el marco de la puerta, en los zaguanes de las casas. Hay también señoras que creen que la que no tiene por lo menos un complejo no es de buena posición. ¡Y bueno! A vos se te repujó en la cabeza la idea de que la posición fundamental es negar, desconocer, decir que no. Te parece que eso da mucha importancia. Que te regala la apariencia de un hombre que tiene ideas, cuando la verdad es que negás porque, en realidad, no tenés ninguna idea. La del hombre aquel que entraba siempre en las reuniones diciendo: «No sé de qué se trata, ¡pero me opongo lo mismo!» ¡Pero, no! ¡A mí no me la vas a contar! Vos negás, protestás, con la misma injusticia del que arma un escándalo en su casa porque «le perdieron» la llave del escritorio. Resulta que después de promover

la batahola, cuando ya todo está cabeza abajo y en la mitad del tobogán, la llave del escritorio aparece en la botamanga de su propio pantalón. Entonces, como ya no podría justificar todos los gritos en contra, con tal de no hacer el papelón, esconde la llave en el bolsillo y sigue protestando para mantener una actitud. Igualito que vos. Escondés, tu conciencia frente a la realidad de los hechos y seguís soplando contra el ventilador para no reconocer que la erraste. Y lo peor es que, queriendo sostener esa pirueta tuya —de resentido—, inventás argumentos de manteca. Sí, argumentos que se derriten a la luz de la evidencia más chiquita. Te molesta —¡lógico!— esa felicidad preciosa de la gente que cree en lo que ve. Vos seguís buscando vanamente el pelo en la sopa. Y pretendés haberlo encontrado con frascitas definitivas como estas de: «Ahora uno llama a un electricista y, para colocar un enchufe miserable, te cobra quince pesos. ¡Yo no sé adónde vamos a parar!» A ningún lado. ¿Por qué? Si ahí está tu error. Es que ese enchufe miserable, como era miserable la situación de ese electricista, ya no lo son. No hay nada miserable ya. Todo ha adquirido dignidad. Ésta es la tremenda transformación que se ha operado y que vos, con la llavecita escondida en la botamanga del pantalón, seguís negando y desconociendo. Se ha dado dignidad a la gente. Todo el que trabaja es considerado dignamente. Y el que ya no puede trabajar se ha ganado una protección digna. Y es digna la criatura que todavía no trabaja, porque algún día ocupará su lugar de combate en la conquista del progreso común. Pero vos protestas porque te cobran quince pesos por colocar un enchufe. ¡Claro! ¡La conquista de la dignidad humana no cuenta para nada para vos! Para vos, lo único importante son los quince pesos del enchufe. Pero, decíme: vos, además de protestar, ¿trabajás en algo?

¿Sí? ¿No te das cuenta de que esa conquista admirable de la dignidad te alcanza a vos también y que todo se ha equilibrado sobre la marcha misma? ¿O no trabajás porque sos alabardero del rey y aquí rey no hay? ¡Únicamente así se entendería! Porque no me vas a contar que aquí falta trabajo. Ahora... No... ¡Ah!... Creía... Pero protestás sin advertir que lo único imperdonable es tu protesta. Y entonces, ¿de qué protestás? Mirá, «vamo a dejarla», como decía un reo. ¿Sí? Vamos a dejarla. Porque yo te respeto, pero a mí, ¡a mí no me la vas a contar!